

IV

Eso no ha debido ser (1).

El sol lanzaba sus rayos sobre Berlín desde lo alto de un cielo límpido, sin una nube; todos los habitantes se precipitaban otra vez en tumulto hacia la avenida de los Tilos; pero el rumor de esta muchedumbre en aquella resplandeciente jornada del sábado 16 de Junio de 1871 tenía otro carácter que el de once meses antes. Bastaba oír, aun de lejos, sin verla, para distinguir una alegre emoción, compuesta de risas juveniles, de alegres conversaciones entre hombres, de gritos de alborozo, de chispeantes ocurrencias y de hablillas impacientes que servían para desahogar los nervios, sobrecitados por una larga espera. Los votos formados por cientos de miles de seres en el mes de Julio del año anterior se habían gloriosamente realizado, y

---

(1) Último verso del cántico de adiós del joven Werner en el magnífico poema de José Víctor Scheffel, *El Trompeta de Säckingen*: «Que mi suerte sea próspera ó adversa, conservaré fielmente tu recuerdo, ¡oh niña del esbelto talle! ¡Adiós; hubiera sido demasiado hermoso! ¡Adiós; eso no ha debido ser!»—  
(N. del T.)

Berlín, designada para capital del nuevo imperio, celebraba la vuelta de los guerreros, que habían al fin contestado á la airada pregunta del poeta Arndt y colocado en la cabeza del valiente y enérgico rey de la raza de los Hohenzollern la antigua corona imperial de Carlo Magno, convertida en un objeto de curiosidad de esos que se exhiben en los museos.

Guillermo y el doctor Schrötter se hallaban sentados en una de las tribunas elevadas detrás de la puerta de Brandeburgo; el primero había renunciado á todos los derechos que le confería su título de oficial de la reserva; no se había puesto el uniforme ni había querido ocupar su puesto entre los heridos. Si hubiera seguido del todo su gusto, ni siquiera hubiera asistido á la entrada de las tropas, porque gustaba poco de estas manifestaciones populares, en que los sentimientos más nobles se mezclan con exhibiciones necias y vulgares, y en que los horteras encuentran excelente ocasión para trabar conocimiento con las costureras, y un tropel de vendedores ambulantes especulan, sin pizca de vergüenza, con la estupidez y la facilidad de humor de los concurrentes, á quienes venden estampas y medallas ridículas, y en que individuos absolutamente insignificantes tratan de darse importancia, y parecen considerarse á sí mismos como el centro del movimiento. La señora Ellrich le había enviado dos tarjetas para la tribuna, expresando la esperanza de que asistiera. El doctor Schrötter quiso asistir á este espectáculo histórico, y Guillermo decidióse á acompañar á su amigo.

Al pie de la tribuna en que habían tomado asiento estaba situada la de las doncellas de honor que debían entregar coronas á los triunfadores;

entre ellas se contaba también Loulou, que había puesto en juego todas sus relaciones para figurar en el número de las elegidas. Gracias á la influencia de su padre, que en medio del trabajo que le ocasionaba el asunto de la indemnización francesa, había tenido que hacer algunas instancias en su favor cerca del burgomaestre y de las autoridades, Loulou vió realizarse su sueño, que había sido igualmente el de muchas otras pollitas hermosas ó que creían serlo, de las mejores familias de Berlín. Su triunfo hizo rabiar á más de una de sus mejores amigas, porque con su linda cara y los rizos negros de sus cabellos, se apartaba del tipo de Walkiria que los organizadores de la fiesta habían buscado con empeño y que debía ser realizado, á sus ojos, por rubias mujeres gigantescas. Pero la rabia de sus rivales aumentaba todavía, naturalmente, la alegría de su triunfo. Las doncellas tenían, hasta cierto punto, un aire heroico con sus trajes singulares de estilo de la Edad Media, que no se compaginaban, sin embargo, con ninguna época histórica determinada; con sus cabellos sueltos, cuya mayor parte eran postizos; sus mangas huecas y con calados; sus limosneras, que nada significaban, parecían, más que otra cosa, comparsas de teatro. Necesitaban, á pesar de todo, una dosis bastante grande de heroísmo para permanecer durante largas horas con la cabeza descubierta bajo un sol ardiente, y resignarse á no formar, en suma, sino un rasgo ínfimo en un inmenso cuadro, y sin tener otro móvil que el de dejar una fotografía de gran tamaño, que atestiguaría más tarde á sus nietecillos que sus abuelas habían sido consagradas en 1871 como las bellezas oficiales de Berlín. Una vanidad que, para ser satisfecha, consiente tales sacrificios, merece casi la admiración.

Las doce daban cuando un gran movimiento se notó de pronto en la muchedumbre; todo el mundo se levantó en las tribunas, y sombreros y pañuelos comenzaron á agitarse. En los balcones, sobre los tejados, á través de las rendijas de las vallas, por todas partes en donde era posible colgarse y sostenerse, veíase un par de cabezas, ofreciendo el aspecto de un campo de trigo sacudido en todos sentidos por una repentina racha de viento. Al mismo tiempo se elevaron gritos y aclamaciones capaces de ensordecer en algunos minutos, y que se transformaron pronto en un zumbido indistinto, únicamente comparable al que percibe el oído del buzo en el fondo del océano. Al compás del estampido del cañón y de las bandas de música guerreras, que se oían á lo lejos, vióse llegar primero, por las columnas de la puerta de Brandeburgo, al mariscal von Wrangel, saludando en todas direcciones con aire de tanta satisfacción en su semblante, extrañamente ajado y cubierto de arrugas, que nadie trató de sonreírse de aquel anciano que recibía la primera explosión del entusiasmo popular, aunque no tenía parte ninguna que reivindicar en el triunfo; detrás de él venía un grupo compacto de generales vestidos de gran uniforme, plagados de condecoraciones; todos ellos tenían nombres históricos, y cada uno hubiera podido atraer la atención de la muchedumbre por sí solo, y vistos así en grupo, no producían impresión, ó, todo lo más, la de un brillante cuadro de transformaciones ópticas. Luego aparecieron juntos Moltke, Bismarck y Roon, tres figuras parecidas á estatuas de piedra, mirando llenos de despreciativa indiferencia al pueblo en delirio; los tres impasibles, en apariencia, ante aquel entusiasmo, como una roca á tiva á cuyo pie van á estrellarse

las olas; al verlos, más de uno creyó tener ante sus ojos, no á mortales, sino á emanaciones mitológicas de las fuerzas de la naturaleza, como los antiguos dioses del sol, del mar y de la tempestad; pasaron, y luego, á gran distancia, detrás de ellos apareció el Emperador Guillermo, destacándose con fuerza en medio del espacio libre, que en cierto modo le servía de marco. La silla de púrpura de su montura iba cubierta de coronas, y el manto de su potro bayo desaparecía bajo un montón de flores; la cabeza, cubierta con el casco, y su mano enguantada, saludaban y se agitaban; su semblante respiraba una expresión de modesto reconocimiento y de suave emoción, que contrastaba singularmente con el aspecto duro de sus eminentes colaboradores. Aquel triunfador no necesitaba tener constantemente á su lado, como los Césares de Roma en la hora crítica de la apoteosis, un esclavo que le repitiera sin cesar al oído: ¡Piensa en la muerte!

El monarca tuvo que soportar, antes de continuar el camino, largos discursos oficiales y composiciones poéticas declamadas por doncellas ruborosas. El era el que cerraba el desfile de los héroes de aquel gran período; entonces llegó el elemento militar en masa, que se extendió por el lugar del desfile como una epopeya animada de vida. A la cabeza marchaba el batallón combinado, que comprendía soldados de todas las razas de Alemania y de todos los regimientos del ejército alemán; luego se sucedieron en fila batallones y escuadrones, en tan gran número, que la fatigada vista del espectador no podía ya distinguir si andaban ó se habían parado; los cascos y las armas de los soldados estaban adornados con ramitos y guirnaldas, tenían ellos coronas en los brazos, y sus pies se po-

saban sobre un piso de flores. La rígida disciplina del ejército alemán se había aflojado un tanto; había mujeres mezcladas con las filas en marcha; más de un soldado llevaba al lado una patriota admiradora, á la que permitía que le llevase el fusil. Los oficiales, engalanados como sus soldados, hacían la vista gorda; pero ellos, no obstante, conservaban su dignidad.

La muchedumbre se calmó poco á poco; las gargantas se habían cansado con las aclamaciones, y con la ayuda del calor sofocante, el entusiasmo popular fué acabándose por grados; todavía, sin embargo, en una ocasión se desencadenó con el furor de los elementos, como había pasado al aparecer el Emperador Guillermo y sus paladines; fué al ver las banderas tomadas á los franceses.

—¿Ve usted?—dijo el doctor Schrotter á Guillermo;—lo que produce mayor impresión en el público, después de las grandes figuras representativas, son precisamente esos símbolos de que usted hace tan poco caso.

—¿Que prueba eso?—replicó Guillermo.—Nunca he dudado que la muchedumbre se fije en las apariencias, y no penetre hasta la esencia de las cosas. No se puede instantáneamente ver con los ojos y sentir el efecto ideal de una victoria, como se puede hacer con una bandera.

—Eso no explica todo. Encuentro ahí también una parte de atavismo; en la antigüedad, los habitantes de una ciudad cualquiera han prorrumpido de seguro en los mismos gritos de júbilo cuando sus guerreros les han llevado la divinidad protectora de la ciudad enemiga, puesto que la idea es la misma: es la de haber quitado al enemigo, al mismo tiempo que sus emblemas venerados, su

fuerza y su suerte en la guerra; es la misma superstición con tres mil años de diferencia.

—Es extraño: he tenido durante todo el tiempo que ha durado la ceremonia, el mismo pensamiento de que asistía á un espectáculo de una época completamente primitiva; esos guerreros engalanados con flores; esas vanidades que se dan carrera valiéndose de los trofeos de la victoria; esas masas alegres que les ofrecen bebidas y manjares; esas muchachas que les presentan coronas, ¿no hacen recordar por completo la manera cómo las tribus de la edad de piedra celebraban, y cómo los salvajes actuales celebran todavía la vuelta de los vencedores? Esto es aún comprensible en estos últimos, puesto que en los principios de las sociedades la guerra es el objeto supremo del Estado, y es á la vez una ocasión de enriquecerse y una fiesta para la juventud. Pero deberíamos nosotros estar más adelantados que todo eso, y no ver en la guerra sino el cumplimiento de un triste deber, una necesidad bárbara, de que mejor haríamos en sonrojarnos interiormente, y que excluye todo ruido y toda alegría, absolutamente como la ejecución de un criminal, que también puede ser necesaria, pero siempre es penosa. ¡Ah! ¡Cuán larga es la transición de la barbarie á la civilización!

—¡A buen seguro! Estamos todavía con la barbarie hasta el cuello, y no hay necesidad de penetrar muy adentro en la epidermis de nuestros contemporáneos para poner al desnudo el salvaje primitivo que ha aprendido á conjugar en latín. Y no es esa, por otra parte, la única triste impresión que ese espectáculo me inspira. ¿Ve usted allá abajo, al extremo de la calle? Están descubriendo el monumento erigido á Federico Guillermo III, y se va á festejar en este día de victoria la memoria de

un déspota, que durante veintisiete años ha faltado á su palabra, solemnemente jurada, de dar una constitución á su pueblo. Así es como las clases directoras confiscan los sacrificios del pueblo en provecho de sus intereses dinásticos y feudales, y le hacen creer que se ha batido por el orden de cosas establecido. Yo soy un veterano de 1848 y no he echado en olvido el ideal de mi juventud. Mi generación se representaba Alemania como *una sola nación*, pero al mismo tiempo *libre*; y esta unidad tan deseada esperaba verla surgir, no de una guerra extranjera, sino de la manifestación pacífica de la voluntad del pueblo: las cosas han pasado de otro modo, pero dudo mucho que valga esto más; los señores de pergaminos y los clericales van á mostrarse de nuevo arrogantes, y el militarismo extenderá su brazo sobre toda la vida nacional. Ya se dice que no es el maestro de escuela, sino el oficial quien ha hecho la grandeza y el poderío de Alemania; este atrevido aserto me hace saltar de indignación; ¿sería capaz un pueblo de producir un cuerpo de oficiales como el nuestro, si sus investigadores, sus profesores, sus pensadores y sus poetas no le hubieran elevado á un alto grado de instrucción, como á un alto ideal moral? Temo, mi querido amigo, que los principios de nuestro joven imperio sean muy desagradables.

—¿Y ha abandonado usted, sin embargo, esas Indias mágicas para tener que soportar este disgusto?

—Durante estos veinte años he sentido siempre la nostalgia de Alemania. Luego, le confesaré á usted que interiormente me echaba en cara el haber emigrado; es muy cómodo abandonar su patria y crearse en el extranjero una situación mejor; pero más tarde, á pesar de todo, se dice uno que

sólo un egoísta abandona su pueblo en lucha con la ignorancia y la opresión, y que no se tiene el derecho, cuando se está en salvo á lo lejos, de representar el papel de hombres libres que miran con desprecio las costumbres de su país, mientras que los que se han quedado se esfuerzan penosamente por mejorar su situación.

El desfile de las tropas continuaba todavía; pero las pollitas con los vestidos de teatro habían abandonado su puesto; las tribunas comenzaban á quedarse vacías, y Guillermo y el doctor Schrotter trataron, para volver á su casa, de abrirse camino á través de la oleada humana que se abalanzaba hacia la plaza del Castillo. Al cabo de un instante de silencio, Schrotter tomó la palabra.

—No busque usted lo que no hay en mi manera de ver. Como usted, lamento este triunfo bárbaro, y mi ideal es muy distinto al de la mayoría de nuestros contemporáneos alemanes; pero, á pesar de esto, mi impresión dominante ha sido la admiración y la emoción; esta generación ha realizado cosas extraordinarias, como ninguna otra todavía desde la emigración de los pueblos; entonces la juventud sabía que toda su existencia sería una lucha continua y que sucumbiría con las armas en la mano, para asegurar á sus descendientes, en el caso más favorable, un nuevo hogar apacible. La vista de estos soldados y de esta muchedumbre hace asomar las lágrimas á mis ojos; en seis ó siete años han hecho tres guerras; han dejado, sin murmurar, sangrar sus venas; han librado cien batallas sin descansar un instante; no han contado los sacrificios, ni considerado los sufrimientos; hay, en verdad, por qué extrañarse de vivir en medio de tales héroes, que más bien parecen pertenecer á los tiempos fabulosos. Esta generación ha hecho más

que su deber; si se ha fatigado y no tiene el arranque necesario para emprender de nuevo nuestras viejas luchas de 1848, con el ardor juvenil que empleó en ellas mi generación, más descansada por una paz de treinta años, no hay que menospreciarla por ello.

Al decir esto, la voz de Schrötter temblaba de emoción, y Guillermo, que no quería contradecirle por temor de entristecerle, reprimió una objeción que asomaba á sus labios, y se despidió de él en silencio.

La vida de la masa, como la de los individuos, volvió poco á poco á su antiguo cauce y recobró su anterior normalidad.

El doctor Schrötter, que no había tenido hasta entonces más que una habitación de paso en Berlín, alquiló una casa en la calle Mittel para estar más cerca de Guillermo, é instaló en la antigua calle de Schenhaus, en medio de una población de obreros y de indigentes, una clínica privada, en que todos los días, durante varias horas, tenía consultas gratuitas. Concurría á ellas una grande afluencia de clientes, y tuvo al poco tiempo toda la ocupación necesaria á su actividad; no se trataba sólo, en aquel barrio pobre, de curar las enfermedades del cuerpo, sino de aliviar además los sufrimientos morales; como era hombre rico, bajo el punto de vista alemán, y no tenía grandes necesidades, pudo ejercer plenamente su filosofía de la simpatía.

Guillermo, por su parte, reanudó sus estudios de física en el laboratorio de la Universidad, y sus visitas á los Ellrich; pero cada vez las hacía con un disgusto creciente. El señor consejero íntimo, que había sido agraciado con una condecoración muy elevada en recompensa de la parte que había to-

mado en las negociaciones económicas con el Gobierno francés, había sabido la historia de la renuncia de la cruz de hierro y lo había encontrado de mal gusto, y por esto su amistad hacia Guillermo se había sensiblemente enfriado. La misma señora Ellrich no se mostraba ya con él tan maternalmente afectuosa, porque se decía que la timidez y la modestia no bastaban por sí solas á explicar las extrañas dilaciones que empleaba en el asunto del matrimonio; únicamente Loulou parecía no haber cambiado; siempre alegre y amistosa cuando iba á verla, amable cuando se marchaba, le agradecía sus tiernas miradas, no evitaba los besos dados á escondidas, pero tampoco los buscaba; en una palabra, era un enigma la tranquilidad con la cual trataba aquel amor, enigma, por lo menos, mientras no se buscaba la explicación de su conducta en su ligereza y apatía... Guillermo no podía disimularse por más tiempo que su primer amor, que al principio había estremecido su sér hasta en las fibras más íntimas, había sido un error; pero continuaba sin sentirse con las fuerzas necesarias para romper unas relaciones que habían llegado á ser una mentira. Cien veces se propuso confesar á Loulou que no creía que su unión hiciera la felicidad de entrambos, y que la devolvía su palabra; pero en cuanto la veía ante él le faltaba el valor. Cuando había allí extraños, le turbaban, y cuando estaban solos, la aparición de Loulou ejercía sobre él su antiguo encanto, ó más bien le recordaba los sentimientos que en otro tiempo le había inspirado; y pensando en toda su felicidad pasada y en las deliciosas emociones que había experimentado, se enternecía de tal modo, que no se sentía con fuerzas para dar un paso, que, aun poniendo las cosas en lo mejor, heriría la vanidad de virgen de

Loulou. Estas dudas y estas perplejidades continuas, que le sumían en un profundo descontento, ¿habían de durar siempre? Podía, á la verdad, escribir á Loulou, en vez de anunciarla cara á cara la ruptura; pero rechazó esta idea, estimando que no era muy correcto separarse para siempre, por medio de una carta, de una persona á quien amaba y que le amaba. Lo mejor, pensó, era abandonarse al curso de los sucesos, hasta el momento en que llegase á notar que Loulou y su familia se cansaran de él; esta resolución convenía á su carácter pasivo, que le hacía tener reparos en influir sobre el curso de los sucesos, prefiriendo que éstos le arrastraran en su torbellino, como las olas de un torrente arrastran á las hojas. Aquel era, por otra parte, el aspecto que las cosas parecían tomar: Guillermo advirtió necesariamente que el señor de Pechlar, el húsar de la Guardia, no salía de casa de los Ellrich, que se mostraba muy galante con la madre y la hija, y adoptaba delante de él aires de triunfador; no había más que cederle el puesto, y todo habría concluído.

Pablo Haber, que estaba también de vuelta en Berlín y que hacía una corte asidua á la señorita Mærker, estaba preocupado, ó más bien le tenía disgustado el aspecto que iba tomando la novela de su amigo. Sabía, por la señorita Mærker, que el señor de Pechlar apelaba á toda clase de intrigas para burlar á Guillermo, y no perdonaba ocasión de advertírselo brutalmente á este último. «No debía, le decía, mostrar tal debilidad; sería imperdonable dejar que se le escapase aquel hermoso pajarillo dorado; sólo con cerrar la mano le tenía cogido». Si la señora Ellrich comenzaba á conceder alguna atención á aquel Pechlar, la razón se podía imputar únicamente á su tibieza; si, por el contra-

rio, él, Guillermo, quería persistir en sus trece, es decir, en creer que aquella joven era demasiado superficial para él—como si todas las mocitas no fueran superficiales, y como si un hombre no pudiera conseguir hacerlas profundas hasta el punto de que llegasen á comprender á Kant y á Hegel—debería poner término á todo aquello; porque la historia picaba ya en ridícula y tonta. Otras razones de distinta índole decidieron, sin embargo, á Guillermo: supo por Pablo y por unos oficiales una porción de cosas muy desfavorables acerca de Pechlar, que no poseía ninguna fortuna y tenía más deudas que pelos en la cabeza, defecto que, después de todo, no hubiera sido muy grave á los ojos de gente tan rica como los Ellrich; pero era un calavera, cuyas inclinaciones vulgares eran más bien las de un mozo de matadero que las de un hombre de mundo. Seguramente sus compañeros le perdonaban no pocas aventuras galantes, y no le reprochaban como si fuera un crimen una intriga con una linda modistilla ó una camarera de confitería; pero les repugnaba su manera de comportarse, aunque fuese un observador demasiado celoso de la ordenanza para no conservar el decoro necesario. Guillermo comprendió perfectamente que Pechlar no amaba á Loulou ni á ninguna otra por de contado, y que sólo codiciaba su dote; creyóse obligado, no por celos, sino por compasión hacia una criatura inexperta, á quien había amado, á ponerla en guardia antes de que se manchase con el contacto de aquel individuo indigno, y para salvarla se decidió por fin á arriesgar un paso que costaba mucho á su dignidad y á la tranquilidad de su corazón.

Algunos días más tarde, poco después de las once de la mañana, preguntó por la señorita Ellrich

en casa de ésta, y le condujeron al salón azul, en que creía encontrar sola á Loulou; pero una penosa sorpresa le aguardaba; el señor de Pechlar estaba allí sentado, contando una historia que parecía interesar vivamente á la joven, que, no obstante, sonrió con amabilidad á Guillermo, y le invitó, con un gesto de la mano, á sentarse á su lado. Guillermo había permanecido un instante indeciso, en el dintel de la puerta; luego se adelantó, y sin mirar al húsar, se inclinó con aire ceremonioso ante Loulou, á la cual dijo con voz grave:

—Había venido, señorita, con la esperanza de poder hablarla á usted á solas; quizá tenga mejor suerte otra vez.

Loulou abrió desmesuradamente los ojos, asombrada; pero el señor de Pechlar, que desde la entrada de Guillermo se pellizcaba con mano rabiosa su perilla roja, sabiamente afilada, no pudo contenerse por más tiempo, y dijo con voz ronca y vibrante de cólera:

—¡Ah! ¡pues vaya, esto es ya demasiado! Ante todo, ¿podré saber por qué no se me ha saludado al entrar?

—No saludo más que á las personas que estimo—le respondió Guillermo por encima del hombro.

—Es usted un imbécil—replicó con viveza Pechlar, como si le dirigiese una estocada.

Guillermo, con perfecto dominio de sí mismo, dijo á Loulou:

—Siento infinito haber ocasionado en presencia de usted semejante explosión de grosería.

Después de lo cual saludó y salió, mientras que Loulou se quedaba petrificada y el señor de Pechlar le perseguía con una careajada sardónica.

A pesar de su desprecio por el qué dirán y de su indiferencia hacia las costumbres sociales, no

dejó de sentir en el primer momento una sensación dolorosa, algo muy semejante á un violento latigazo. Mientras recorría la calle de Königöetz, le parecía que una tralla de fuego le azotaba el rostro y que los transeúntes contemplaban la huella del ultraje que había sufrido. Su imaginación no cesaba de representarle cuadros de venganza; veíase enfrente de su ofensor, la pistola humeante en la mano, y el otro, tumbado en el suelo, con una bala en la frente; ó bien se batía á espada, y de pronto su acero atravesaba el pecho del húsar y le salía por la espalda. Poco á poco, sin embargo, se calmó su sangre, y á fuerza de voluntad dominó la última rebelión de la fiera que todo hombre lleva dentro de sí, y que creía haber domado con la ayuda de su filosofía.

—¡No; nada de desafío!—se dijo—¿Y por qué? No quiero ni matarle ni medirme con él; sus ofensas no me hieren, como tampoco me lastiman los ladridos de ese chuchó que gruñe á mis espaldas; un resto de convencionalismo no triunfará de mi buen sentido.

Aunque se afirmaba en esta resolución, sus nervios estaban todavía demasiado sobrecitados para que pudiera calmarlos por el solo razonamiento, y para llegar á este resultado necesitaba desahogar su corazón; se dirigió, pues, de prisa, hacia la morada del doctor Schrotter; pero todavía no había vuelto éste de su clínica. Guillermo no encontró más que á los compañeros habituales de su amigo: un viejo servidor indio, de barba blanca, y una especie de ama de llaves, una mujer también india, de treinta y cinco años poco más ó menos, de rostro amarillo y ya marchito, con grandes ojos llenos de dulzura, que llevaba una plaquita de oro en una de las alas de la nariz; el anciano mostraba hacia



ella una sumisión que indicaba una gran diferencia de rango entre ellos, y la mujer, con sus manecitas, sus pies breves, su cara fina y sus maneras distinguidas, parecía más bien una dama que una criada. Ambos llevaban el traje de su país y causaban sensación cada vez que se mostraban en el patio ó en la calle; pero no salían sino rara vez, permaneciendo siempre al lado del doctor, por el cual parecían profesar una profunda veneración.

El viejo, que había hecho entrar á Guillermo, sabía algunas palabras de inglés, y le dijo, saludando con la mano y con la cabeza, que Schróetter Sahib (1) volvería pronto; la mujer vino igualmente en seguida, y le invitó afablemente á que pasara al salón, cuya puerta abrió. Al pasar por delante de ella, la india cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó su cabeza, envuelta en un velo de seda amarilla, y desapareció silenciosamente; no hablaba más que indostani, y sólo se comunicaba con Guillermo por medio de gestos expresivos.

Guillermo se paseaba febrilmente por el salón, amueblado conforme al gusto indio. Por el suelo tapices orientales; á lo largo de las paredes anchos y bajos divanes recubiertos con un paño de oro, con cojines amontonados en desorden; en los rincones butacas de báscula con *punkahs*, especie de abanicos mecánicos de gran tamaño, que allí no eran más que objetos de adorno; fuera de esto, ni uno solo de nuestros pesados muebles europeos; colocados al azar, un taburete minúsculo de forma de tambor, ó una mesita de madera de sándalo ó de ébano con incrustaciones de marfil, de nácar ó de plata; todo aquello esparcía un olor de sándalo, de alcanfor, de especias exóticas; aquello tenía un

(1) Señor, en indostani.

aspecto tan extraño, que cualquiera se hubiese creído en un país lejano, ignorante de los convencionalismos y de las modas de Occidente; todo aquello tenía á la vez un lenguaje mudo, pero significativo, del cual Guillermo sintió en seguida el extraño poder; había recobrado completamente la calma, cuando Schróetter, entrando un cuarto de hora después en el salón, le dirigió un alegre saludo.

—¡Me gustan estas sorpresas!—exclamó desde la puerta.—¿Va usted á almorzar conmigo?

Guillermo aceptó, y le refirió lo que acababa de pasar. Schróetter se había sentado en el diván, recostándose sobre las almohadillas, y le escuchaba con mucha atención, fijando sus azules ojos penetrantes en el rostro tranquilo de Guillermo. Nunca le había hablado éste de sus relaciones con la señorita Ellrich; pero Schróetter estaba al corriente de todo por Pablo Haber, con el que había igualmente intimado. Guillermo no podía en aquella ocasión abstenerse de hablarle de aquellas relaciones, para hacerle comprender la razón de su última visita á casa de los Ellrich, y la de su conducta hacia el señor de Pechlar; le refirió en pocas palabras el principio y desarrollo de su amor, y luego, explicando el origen de sus dudas con respecto á Loulou, le dió la clave de sus vacilaciones, de su frialdad y de la ruptura final. Cuando Guillermo, después de haber terminado su narración, volvió con un gesto de interrogación los ojos hacia Schróetter, éste dijo al cabo de un instante de silencio:

—Le felicito á usted porque puede hablar de todo esto con tanta sangre fría. Esto no deja de ser extraño en un hombre de veintiséis años, que tiene un alma tan profunda como la de usted. Pero ven-gamos al punto esencial: ¿qué cuenta usted hacer?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—Nada—dijo sencillamente Guillermo.

—¿No va usted á provocar al señor de Pechlar?

—No.

—¿Y si él le provoca á usted?

—¿El provocarme?

—Claro; pues aunque él sea el ofensor, no hay que perder de vista, mi querido Eynhardt, que usted el primero le trató lo bastante mal para que si es quisquilloso en asuntos de honor, pueda pedirle reparación. Ese hombre no busca más que andar á porrazos; tiene usted, pues, que prepararse á recibir á sus padrinos.

—En ese caso, les responderé que no pido satisfacción, pero que tampoco la daré.

De nuevo hubo un silencio.

—Es una grave decisión la que toma usted—le dijo Schrotter.

—La tomo sin vacilación.\*

—No puede usted tratar ya de abrirse camino en una universidad alemana.

—Usted sabe que no me lo propongo.

—Y luego después, este estúpido asunto podrá ocasionarle á usted disgustos en una porción de circunstancias de la vida.

Guillermo se calló.

—Compréndame usted bien; no me las echo de defensor del duelo: lo abomino; es tan estúpido y tan salvaje como los sacrificios humanos con objeto de apaciguar á las divinidades irritadas; yo jamás me batiría; pero yo voy ya doblando la cumbre de la vida; no pido ya nada al mundo. No es lo mismo en un joven: mire usted, considero la guerra como un acto de barbarie atroz é irritante, y sin embargo, jamás aconsejaría á nadie que dejase de cumplir con su deber en la guerra. A veces se ve uno obligado á asociarse á las más estúpidas locuras de la

mayoría de las gentes; sé que tiene usted un corazón animoso, y que no da usted una importancia exagerada á la vida. Además, está usted solo en el mundo y no tiene deberes que cumplir para con nadie; ¿por qué no se bate usted?

—Sencillamente porque profeso las mismas opiniones que usted en materia de duelo; sin duda, á veces hay que asociarse á las locuras de la mayoría de las gentes; pero establezco un distingo. Voy á la guerra porque las leyes del Estado me obligan; puedo combatir estas leyes con mis débiles fuerzas, puedo trabajar para hacer que las modifiquen; pero mientras subsisten, tengo la obligación de someterme á ellas, ó tendré que emigrar ó suicidarme. Si la ley prescribiera el duelo, pues bien, me batiría; pero lo prohíbe, por el contrario, y mi manera de sentir está de acuerdo con ella.

—Sí; pero al lado de las leyes del Estado, hay también las de la sociedad, las costumbres, los convencionalismos reinantes.

—No es lo mismo. Cuando las locuras de la mayoría de las gentes toman un carácter legal, los agentes de la fuerza pública las protegen. No hay jueces ni carceleros que nos impongan la obligación de obedecer á las costumbres y á los convencionalismos.

—Ya lo creo que sí, ó poco menos. Es sumamente difícil vivir sin la estimación de sus conciudadanos.

—A eso quería venir hace ya un rato; pero no me considere usted como un hombre orgulloso y pretencioso; me importa mucho menos la estimación de los demás que la mía propia; si hubiera de dejar de estimarme á mí mismo, no hallaría ninguna compensación al ver á los demás descubrirse ante mí; en el caso opuesto, no me preocuparía por